

Jorge Edwards

# Los Inútiles

Había oído hablar de un modo confuso, allá por los años 50, es decir, cuando era joven e indocumentado, para plagiar una vez al vilipendiado García Márquez, del grupo de "Los Inútiles" de Rancagua. Vagamente sabía que Oscar Castro, primero fundador y en seguida, a raíz de su muerte prematura, símbolo del grupo, era un poeta de inspiración garcialorquiana, versificador de romances campesinos y autor de cuentos y novelas regionalistas.

Mi generación hablaba de Kafka, de Jean Paul Sartre, de Henry James, de Nikolai Gogol, y muchas veces ignoraba cosas que sucedían debajo de sus narices. Por eso fui acusado, en mis comienzos literarios, de "rara avis", de hacer ostentación de "un desdén olímpico por lo nacional". Es posible que mis acusadores tuvieran una parte de razón, pero era necesario, y sigue siendo más que nunca necesario, escapar de la provincia, abrirse a los aires del mundo.

Pues bien, "Los Inútiles" me demostraron ahora que también es importante hacer el recorrido inverso: regresar y sumergirse en la provincia o, por lo menos, asomarse a ella. Me invitaron con una cordialidad insistente y terminé por emprender el viaje, a pesar de las voces prudentes que me advertían que podía ser acusado de agitador o de subversivo por esta extraña idea de ir a Rancagua en plena huelga de los mineros del cobre.

Resultó que la historia del grupo de "Los Inútiles" era bastante instructiva y no dejaba de estar rela-

cionada con nuestras lecturas juveniles de Charles Baudelaire y de su notable apologista Jean Paul Sartre. Ahí se había planteado en la provincia chilena, en los años 30 y en uno de los sectores claves de la minería del cobre, la situación del poeta instalado como una isla en medio de una sociedad utilitaria, el Poeta convertido en el Otro, en el ser diferente por definición, para utilizar los términos sartreanos, que empiezan a parecer un poco polvorientos.

"Cuando nos veían pasar por la calle", me dijo un miembro del grupo, "discutiendo de literatura, de poesía, en esa ciudad donde todo el mundo llegaba a quedarse un par de años para ganar plata rápida, nos trataban de 'filósofos' y nos preguntaban para qué servía todo eso".

Los jóvenes, sartreanos antes de Sartre, decidieron asumir esa condición diferente, en un gesto que no estuvo desprovisto del orgullo del viejo Baudelaire, y fundaron en 1934 el grupo "Los Inútiles". Rehuyeron toda forma de organización estable, engendradora de burocracia, y toda forma de autoridad, de acuerdo con el espíritu ácrata que flotaba en los ambientes literarios de entonces, y se comprometieron a nunca tener presidentes, secretarios, tesoreros, archivos, oficinas, cuentas en los bancos.

"Y si es así, ¿dónde diablos se sientan ustedes?", pregunta la gente de Rancagua.

"En cualquier parte", responde el Inútil interpelado, "en un banco de la plaza, en la calle Independencia, en un café. ¿Qué más se necesita?".

Al dar una charla invitado por ellos, comprobé que eran organizadores eximios, sin necesidad de teléfonos, de anexos, ni de papeles cargados de membretes. En esa charla les conté que tenía muy buenas razones para sentirme bien en su compañía. Basé esta afirmación en una anécdota de familia. En la casa de mi abuelo paterno y entre sus numerosos hermanos, donde se habían conservado algunas tradiciones anglosajonas en relación con el trabajo y con el dinero, se hablaba del "inútil de Joaquín" cada vez que se hacía mención de Joaquín Edwards Bello, el escritor. De ahí salió el título de su primera novela, "El inútil", que desató un escándalo social de proporciones y que obligó a su autor a refugiarse en un lugar de mala reputación, según dicen, para irse después por tres meses a Río de Janeiro.

Cuando comencé a mi vez a escribir, cerca de 40 años más tarde, se vaticinó que sería otro inútil sin remedio. Es probable que el vaticinio se haya cumplido y lo más sensato, en consecuencia, sería asumir derechamente la condición de inútil, como lo hicieron esos filósofos de Rancagua de los años 30. Ellos argumentaron que el hombre es el único ser de la naturaleza que hace cosas inútiles, tan inútiles como escribir poemas o interrogarse sobre la razón de ser del universo.

Y a propósito: he descubierto que Oscar Castro es bastante más que un simple imitador de García Lorca, pese a los prejuicios de mi juventud indocumentada y despreocupada.